



CÉSAR VIDAL

LA FURIA DE DIOS

La figura de Savonarola sigue siendo un enigma a más de medio milenio de distancia. Fraile reformador para unos; fanático religioso para otros, esta novela lo convierte en alguien real que intentó llevar a cabo un cambio en las conductas mundanales de la iglesia católica de la época enfrentándose para ello a papas, monarcas y oligarcas.

El Alberghettino, 1498

Los grilletes de hierro provocaron un desagradable sonido al estrellarse contra el suelo de la austera estancia. Pietro, el carcelero que los había abierto, se preguntó cómo aquellos aros de metal podían haberse mantenido sujetos a las delgadas muñecas del reo. Éstas se limitaban a ser escuálidas cañas óseas recubiertas apenas por una piel amarillenta. Magras eran las carnes de aquel personaje cuando había sido recluido en la prisión del palacio del Bario, pero ahora casi parecían haber desaparecido.

Mientras se inclinaba para soltar los grilletes que sujetaban los pies del recluso, el carcelero pensó que era una ironía siniestra el que los florentinos denominaran a aquelantro nada menos que el Alberghettino. ¡La posadita! Desde luego, si había que juzgar por la calidad ínfima de sus alimentos, la dureza del suelo, la humedad de las paredes y la ausencia de luz, había que reconocer que el peor tugurio para viajeros que hubiera en Florencia superaba con mucho en comodidad a aquella... posadita.

Puesto en pie, volvió a contemplar al recluso. De enorme nariz y pómulos prominentes, el encierro había acusado sus facciones sobre las que aleteaba ahora, malsano y siniestro, un velo de negro miedo. Por un instante, el carcelero sintió piedad hacia él. Por muy acostumbrado que estuviera a la privación y a las penitencias del estado religioso, no tenía ninguna duda de que no podría soportar aquella nueva forma de padecimiento. Suavemente, lo empujó hacia el lugar donde se hallaba situada la cuerda con la que le unciría dolorosamente al suplicio.

Otro en su lugar quizá hubiera hecho ademán de resistir, pero el preso se dejó atar las manos a la espalda con un aire de dolida resignación, la de aquel que sabe que no puede intentar nada contra sus captores y que se dará por satisfecho si logra disminuir en algo la insufrible carga de tormento que están dispuestos a aplicarle.

Florenxia, Cuaresma de 1484

El prior de San Marcos dirigió un gesto de pesar al hermano Jacobo. Acababa de llegar de la ciudad de Florenxia, desde la misma basílica de San Lorenzo, y apenas llevaba unos instantes informando sobre el resultado de la predicación del hermano Jerónimo Savonarola.

Desde hacía tiempo, el prior había sentido una predilección especial por aquel personaje. A ciencia cierta no hubiera podido dar razones sólidas para su preferencia, pero obviamente existía. Quizá, se había dicho más de una vez, todo se debía al celo que el hermano Jerónimo tenía por las buenas costumbres y el pesar que le ocasionaban las conductas desordenadas de los fieles. ¡Y si sólo fuera de los fieles! No podía engañarse nadie que tuviera ojos en el rostro. La situación del clero no resultaba mucho mejor. ¿Acaso el papa Pío II no había promulgado un edicto en el que establecía literalmente que los clérigos no podían tener casa de lenocinio ni actuar como alcahuetes para obtener el amor de una dama?

Claro que no era sólo eso... No eran pocos los sacerdotes que además de obtener lucro con las sucias obras de la carne, se enriquecían en el pingüe mercado de esclavos de Florenxia o incluso realizaban a medias negocios con los odiados judíos. ¿Cabía mayor aberración que el que aquellos que convertían el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo luego se dedicaran a ganar dinero con los descendientes de aquellos que habían pedido a Poncio Pilato la crucifixión del Salvador?

En medio de aquellos ejemplos de corrupción, el hermano Jerónimo era como una corriente de aire fresco. Era

verdad que se trataba de un hombre burdo, tosco, sin cultivar, pero ¿no había sucedido lo mismo con los apóstoles? Que él supiera sólo Mateo, el cambista, y quizá Judas, el traidor, habían tenido una formación digna de tal nombre.

Eran consideraciones como éstas las que lo habían impulsado ya varias veces a enviar al hermano Jerónimo Savonarola a predicar. Por lo menos, él no buscaba complacer a los fieles ni lucirse con razonamientos complicados y sutiles. Pretendía fustigarlos y, desde luego, tal actitud estaba más que justificada. Esa fue la razón que lo llevó a ordenarle a predicar a la iglesia de los benedictinos durante el Adviento de 1482 y luego a la de San Marcos durante la Cuaresma del año siguiente.

Cierto. No había dado buenos resultados. Para los monjes, el padre Jerónimo había dado la impresión de ser un simple advenedizo sin la preparación suficiente. Por lo que se refiere a los laicos de San Marcos... bueno, confesémoslo, se habían aburrido como las ovejas. La feligresía estaba formada fundamentalmente por nobles y burgueses que consideraron al dominico tan burdo como el hábito de estameña con el que iba ataviado. Bostezaron, protestaron, incluso se sonrieron burlonamente.

De no haber confiado en el hermano Jerónimo, el prior hubiera decidido no volver a ordenarle que predicara en público, porque para eso —¿a qué engañarse?— no tenía ninguna cualidad. Sin embargo, poco antes de llegar la Cuaresma de aquel año volvió a venirle a la mente la idea de usar a Savonarola para llevar hacia la penitencia a aquellas almas endurecidas.

—Sinceramente, padre prior —dijo el religioso que había acompañado al joven Jerónimo—. No creo que nuestro hermano Savonarola tenga ningún tipo de dotes para la tarea de la predicación.

—Hermano, Dios nos mostrará todo a su debido tiempo —cortó el prior, deseando evitar cualquier tipo de censura que pudiera degenerar en el pecado de la murmuración.

El religioso se sintió un tanto molesto, pero cerró la boca sujeto por el voto de obediencia.

—Podéis retiraros —añadió el prior con un tono sólo ligeramente riguroso.

Cuando la pálida figura abandonó la estancia, el prior no pudo reprimir un leve sentimiento de malestar. La razón era doble. Por un lado, resultaba obvio que no podía consentir críticas en el seno de su congregación, pero, por otro, lindaba con lo absurdo el negar lo evidente. Desde luego, el padre Savonarola no tenía el más mínimo futuro como predicador. Habría que pensar en hallarle otra manera de servir a Dios más acorde con sus dones.

El Alberghettino, 1498

Los ojos del reo se dilataron por el pavor al percibir cómo la cuerda que sujetaba sus manos a la espalda se soltaba y su cuerpo se precipitaba, veloz como una piedra lanzada en un pozo, contra el suelo.

Por un instante, sintió que se estrellaría contra las frías losas de la sala de tormento, que su carne debilitada por las privaciones, el frío y el hambre, se desharía como los granos de trigo aplastados por la rueda de un molino.

No sucedió así. Cuando pensaba que su debilitado ser colisionaría contra aquella pétrea dureza, sus brazos sintieron un tirón que lo elevó por los aires. De su garganta partió un alarido desgarrado, incontenible, casi infrahumano. Suspendido entre la tierra y el cielo, ciertamente, se había salvado del terrible choque, pero un torbellino de dolores agudos le arrancaba desde los hombros invadiendo con calambres de fuego sus brazos, su espalda, sus manos y sus muñecas.

Sintió que el dolor aquel le impedía respirar; que, de un momento a otro, los hombros, los codos, la espalda se le quebrarían como si los golpearan con el martillo de un picapedrero.

El sacerdote que presidía el interrogatorio contempló con frialdad al reo. Tenía la suficiente experiencia en la contemplación del suplicio de la estrapada como para percatarse de que aquel hombre no soportaría semejantes sesiones. Pesaba poco, pero ¿qué ser humano izado desde el suelo por los brazos atados a la espalda y al que se deja caer de golpe puede aguantar mucho tiempo sin que se le disloquen los hombros?

Durante unos instantes de silencio, se dedicó a examinar con aséptica atención al prisionero. Este gritó durante unos instantes para, finalmente, ya casi sin aire, limitarse a emitir unos lastimeros gemidos. Lo más seguro es que confesaría todo lo que le preguntaran de manera inmediata. No sería necesario aplicarle la estrapada dos veces. Mejor. A medida que pasaba el tiempo le iba cansando cada vez más el tener que llevar a cabo interrogatorios prolongados.

San Gimignano, 1485 - Génova, 1490

El hermano Jerónimo Savonarola recibió con humildad las órdenes del prior para que desempeñara un ministerio de predicación ambulante por las iglesias de los pueblos. Creo que posiblemente en aquella época ya había soñado con convertirse en una luz que clamara desde el púlpito de San Marcos contra la corrupción reinante, que ya había deseado transformarse en la voz de Dios que avisara al mundo del castigo que le esperaba si no se volvía de sus pecados, que había ansiado... sí, era cierto, que había ansiado demasiadas cosas.

Ahora, por obra y gracia de aquellos burgueses orondos, egoístas e ignorantes, se veía apartado de su destino y enviado a gritar verdades eternas a palurdos. Yo, David de Carrara, acababa de profesar en el convento y se me ordenó que lo acompañara.

Es difícil definir lo que diferencia a un profeta falso de uno verdadero, y aún más complicado resulta discernir a cuál de los dos grupos pertenece una persona concreta. Quizá por eso no faltaron las dudas cuando el mes de febrero de 1485, el hermano Savonarola predicó en San Gimignano de una manera muy distinta a como, según me habían dicho, se había comportado hasta entonces.

Yo sabía que no era un clérigo novel en aquella parroquia. De hecho, ya había pasado por ella en la Cuaresma del año anterior. Al parecer, su predicación había sido aburrida como siempre e incluso había tenido que soportar cómo algunos feligreses se marchaban de la iglesia, bostezando sin ningún pudor. Fue entonces cuando, apenas conteniendo la cólera, gritó a voz en cuello:

—La Iglesia debe ser flagelada y renovada, y todo esto en un corto plazo.

Fue como si un trallazo despiadado hubiera arrancado a los presentes del adormecimiento en que se hallaban sumidos. Sin poder pronunciar palabra, clavaron en él sus ojos mientras descendía del púlpito. Yo, que estaba tan sorprendido como ellos, me pregunté a qué podía obedecer aquel súbito cambio de conducta. Pero reconozco humildemente que lo atribuí más a un enfado que a que recibiera una unción especial de Dios.

No me atrevería a calificar de éxito aquel sermón, pero lo cierto es que cuando se discutió quién predicaría en febrero del año siguiente en San Gimignano, todos estuvieron de acuerdo en que debía ser Jerónimo Savonarola. El domingo de Quincuagésima, un 5 de febrero de 1486, Savonarola volvió a dirigir a gente que ya conocía de vista una diatriba más fuerte y confiada que la anterior. Me percaté entonces de que aquella agresividad no resultaba equivocada. Hoy creo que existe un punto exacto a partir del cual un auditorio aburrido se convierte en una audiencia vivamente interesada. El hermano Jerónimo seguramente lo había encontrado ya. Cuando fue nuevamente invitado a predicar el jueves y viernes después del Miércoles de Ceniza, lo aceptó con un placer mal disimulado.

Esta vez, junto a los rostros que ya se nos iban haciendo familiares, aparecieron otros que no habíamos contemplado con anterioridad. Por el aspecto rojizo y reluciente de algunos de ellos no me costó llegar a la conclusión de que se trataba de las fuerzas vivas más relevantes de la población. Incluso pude distinguir con facilidad a algunos miembros de otras órdenes religiosas.

Aquellas presencias me crearon una cierta desazón porque temía que sólo encontrarán defectos en las palabras del hermano Jerónimo. Sin embargo, a él no pareció afectarle. De hecho, de su rostro parecía emanar una especial

seguridad mientras subía las escalerillas que llevaban hasta el púlpito.

En alguna otra ocasión había tenido la oportunidad de ver cómo se perdía en divagaciones, pero esta vez fue muy diferente. El hermano Jerónimo no se permitió desperdiciar un solo instante. Nada más comenzar su predicación clamó con una voz segura:

—No soy profeta. Tampoco digo las cosas como si fuera un profeta, sino deduciéndolas de lo que afirma la Sagrada Escritura. Por eso, por eso sólo, puedo aseguraros que la Iglesia debe tener temor a sufrir una gran prueba.

Aquellas palabras me causaron una viva impresión. Recordaba que el profeta Amós también había afirmado que no era ni profeta ni hijo de profeta, y temí que el hermano Savonarola se hubiera expresado de una manera similar. Con el corazón encogido por el temor, contemplé cómo, durante unos momentos, guardó silencio quizá esperando que aquellas palabras calaran en sus oyentes como la gélida gota acaba penetrando en el pedernal hasta horarlo. Entonces, tras recorrer con la mirada el sagrado recinto, dijo:

—Hay ocho razones para poder afirmar sin temor a equivocarnos que así es.

Nuevamente, el hermano Savonarola guardó silencio por un instante. Mi espíritu se hallaba suspendido de sus labios, pero yo no era el único que se encontraba en esa situación. En el interior de la iglesia el silencio era tan absoluto que se hubiera podido escuchar el vuelo de una mosca.

—La primera de estas razones —prosiguió— es que las malas acciones de los que se llaman cristianos han llegado a un punto en que toda medida ha sido colmada. Los homicidios, la lujuria, la sodomía, la idolatría, la magia, la simonía... Todos y cada uno de esos pecados se dan en medio de vosotros y no hacéis nada por impedirlo.

Algunos de los presentes se removieron incómodos al escuchar aquellas palabras. Yo mismo debo reconocer que

me sentí un poco inquieto porque a nadie le gusta que le griten en la cara que es un pecador. Sin embargo, al hermano Jerónimo no pareció importarle aquella circunstancia lo más mínimo. Tiempo después me comentaría que si se sentían a disgusto era señal indubitable de que no estaba diciendo nada falso.

—La segunda —alzó ligeramente la voz Savonarola— es que Dios está dando a la Iglesia malos pastores. Son tantos que el papa Inocencio se ha visto obligado a renovar el edicto de Pío II en contra de los sacerdotes que poseen casas de lenocinio. Ni uno solo de esos pastores indignos escapará del justo juicio de Dios. Es por eso, en tercer lugar, que Dios está advirtiendo del juicio que se avecina mediante repetidas profecías...

No pude evitar que el sonrojo se apoderara de mi rostro al escuchar la referencia al breve de Inocencio VIII. Estaba convencido de que el papa había actuado así porque las costumbres de muchos clérigos eran tan escandalosamente indignas que resultaba inevitable.

Pero el hermano Jerónimo no se detuvo en aquella vergonzosa referencia. A continuación se puso a desgranar las causas de la inevitable furia que Dios iba a descargar sobre todos aquellos impenitentes. Su discurso estuvo exento de florituras, pero presentaba tal orden, tal solidez, tal fuerza que todavía lo recuerdo con exactitud. Se refirió al número cada vez más reducido de buenos en todos los estratos sociales; a la decadencia de la fe en todos los corazones; al desorden escandaloso que se había apoderado de la Iglesia; al desprecio por los santos y, finalmente, a la intolerable decadencia que se había apoderado del culto. No me cabe duda de que tanto entonces como ahora muchos sólo pueden sentir un profundo desagrado frente a afirmaciones de ese tenor, pero si hemos de ser honrados hay que reconocer que el hermano Jerónimo decía la verdad.

Sin embargo, eché de menos algo que no podía definir y que, desde luego, no había formado parte de aquella

predicación fogosa y conmovedora. Al producirse el final del sermón, nadie hubiera podido negar que un temor pavoroso se había apoderado de la estancia. No era extraño porque en las almas de todos ellos se habían abierto heridas que ahora sangraban por los golpes recibidos. Sin embargo, a mí me faltaba algo que me parecía esencial pero que no sabía definir con exactitud. Era —si se me permite la comparación— como cuando los buenos cocineros prueban un plato y dicen que está bueno, pero que carece de algún ingrediente que lo habría convertido en realmente exquisito.

Pese a todo, aquella predicación logró que la fama del hermano Savonarola se extendiera como una mancha de aceite. Cuando, tras San Gimignano, llegamos a Brescia, la ciudad donde había nacido el hereje Arnaldo quemado siglos atrás, ya había dejado de ser un desconocido. Lejos de esperar que llegara a la iglesia, las multitudes acudieron a recibirle en las calles.

A mí aquel despliegue de interés no terminaba de gustarme. Quiero decir que me sobrecogía un poco, que incluso me agobiaba. Incluso me preguntaba inquieto si no resultaría una tentación del Maligno para que nos apartáramos de la humildad que todo cristiano debe tener. Sin embargo, al hermano Jerónimo parecía servirle de acicate. Era como si se dijera: si hay tanta gente es porque no lo haces ya tan mal. No puedes ahora defraudarlos. Sin embargo, estuvo muy cerca de que así sucediera. Incluso me atrevería a decir que la gente se sintió bastante desilusionada porque, esperando a un coloso de la elocuencia, sólo descubrió a un fraile de torpe hilazón en su prédica. Empezaba yo a desalentarme por lo que intuía que serían sólo magros resultados, cuando el hermano Jerónimo, clavando sus ojos flamígeros en los feligreses, gritó con una voz potente:

—¡Incrédulos! ¡Vuestras casas serán quemadas! ¡Vuestras mujeres y niños serán muertos! ¡No quedará nada de Brescia!

Sin duda, aquellas palabras debían haber provocado la cólera de los presentes, pero no fue eso lo que sucedió. Como si se tratara de un anuncio pronunciado por el mismo ángel del Apocalipsis, aquel que gritó que el misterio de Dios quedaba terminado, un espeso manto de silencio cayó sobre los congregados. Luego, estalló en un rincón de la iglesia el sollozo de una anciana. Lloraba sin desconsuelo, presa de una pena que, muy pronto, la llevó a agitarse casi convulsa, y entonces, de manera contagiosa, aquellos llantos se expandieron por todo el recinto.

Al cabo de unos instantes, mujeres y niños, hombres de pelo en pecho y mozalbetes, vertían abundantes lágrimas y se mesaban los cabellos. Decir que el temor se había apoderado de ellos resultaría demasiado poco. En realidad, casi todos ellos eran una encarnación del miedo más profundo, un miedo hacia lo desconocido. Mirándolo ahora en la distancia del tiempo creo que aquella predicación de Brescia consagró la fama del hermano Jerónimo.

Durante los tres años siguientes, viajamos por toda la Italia del norte. Pasamos por Bolonia, por Pavía, e incluso regresamos a Brescia. Savonarola se sentía muy a gusto porque conocía bien el dialecto lombardo de aquella gente y era apreciado de manera muy especial por los campesinos y los pobres. Creo que le amaban porque no pretendía enseñarles complicadas doctrinas, sino que les decía algo que, sin saberlo, habían esperado oír durante mucho tiempo: que los poderosos eran injustos e inicuos —sin exceptuar a los clérigos— y que Dios los iba a someter a un castigo terrible a no mucho tardar.

Además, el hermano Jerónimo no podía ser acusado de convertir la religión en un negocio. A diferencia de tantos párrocos, sacerdotes y monjes, sus posesiones eran muy escasas y siempre las llevaba consigo. Yo mismo puedo dar testimonio de que sólo tenía una camisa de tela basta, un sayal, un breviario gastado y una sobada Biblia. ¿Quién —salvo los ricos y poderosos— hubiera desconfiado de un